

## INFANCIA DEL P. AGUSTIN DE CARDAVERAZ, S. J., EN SAN SEBASTIAN

Celebrando el segundo Centenario de la muerte del P. Cardaveraz, no estará de más que quede constancia de tal conmemoración en nuestro BOLETIN, dada la vinculación del santo jesuita con nuestra ciudad. Aunque pudieran desarrollarse otros aspectos, nos vamos a limitar el período de su infancia, ofreciendo al público recuerdos personales del mismo Cardaveraz.

Como es sabido, nació en Hernani el 28 de diciembre de 1703. También era hijo de Hernani su padre, don Sebastián de Cardaveraz; en cambio, su madre, doña María Manuela de Elorriaga, era natural de San Sebastián y en esta ciudad contrajeron matrimonio en 1699 y vivieron los primeros años de su matrimonio. Por razones de su profesión de escribano, don Sebastián hubo de trasladarse a Hernani, donde además poseía un mayorazgo y la casa solar de su familia, y allí nacerían Agustín, Diego Manuel y Joaquina Antonia. En 1713 volvió de nuevo la familia Cardaveraz a San Sebastián, donde el cabeza de familia iba a desempeñar el cargo de escribano real y de número del Cabildo y Ayuntamiento donostiarra. Antes y después del período hernaniarra, nacieron varios hermanos de Agustín en nuestra ciudad.

Fue en San Sebastián donde Agustín se inició en latines y humanidades en el Colegio de la Compañía durante tres años, hasta que en 1717 pasó a Pamplona a proseguir sus estudios, igualmente en el Colegio de la Compañía. Enviado por su padre a Valladolid en 1720 para estudiar Leyes, cambió de rumbo, no sin extraordinaria resistencia de su padre, tomando el hábito en la Compañía el 20 de agosto de 1721 (1). Elevado ya desde su noviciado a alturas místicas singulares, redactó para su Padre Espiritual unas pá-

---

(1) Cfr. G. GONZALEZ PINTADO, S. J., *Vida del Padre Agustín de Cardaveraz, Apóstol del Corazón de Jesús* (San Sebastián 1947), p. 2-5.

ginas en que relata su vida anterior. Aunque en su mayor parte sean conocidas (2), no dudamos en insertarlas aquí para su mayor divulgación entre los donostiarras, anunciando que en breve las publicaré insertas en un tomo de escritos espirituales de Cardaveraz.

En esta evocación fresca de los años de su infancia, donde la memoria comienza a rememorar lo ocurrido sobre todo a partir de los ocho años —esto es a partir de 1712, ya que los cumplía en diciembre—, casi todo se refiere a vivencias y sucesos transcurridos en nuestra ciudad. Varios de ellos llevan indicaciones cronológicas o locales inequívocas. En la pequeña villa abierta a todos los vientos, un niño, mezclado entre los demás, se mueve por caminos insospechados. Gravita sobre él el buen ejemplo y la piedad de su madre. Recibe el influjo de sus maestros jesuitas. En realidad es un solitario que comienza a navegar por rutas espirituales desconocidas para él. Su vida es sincera y simple, y no llega a salpicarle el barro del camino. Ansía comulgar; se recoge en la librería de su padre y lee con fruición la Biblia y otros libros devotos; hace penitencias ocultamente. Como una pincelada sabrosa que nos recuerda su condición humana y vasca, aparece fugazmente su afición desmedida a la pelota, que le hacía llegar tarde a su casa a las horas de comer, ganándole severas represiones.

A los 13 ó 14 años se siente fuertemente inclinado a la oración. Su soledad interior se acentuaba, porque no abría a nadie su espíritu. Dios lo guiaba y conducía y le enseñaba a orar. Se iba despegando del mundo y brotaba el deseo de ingresar en la Compañía. Mas guardaba su inclinación en el mayor secreto, pensando que nunca le admitirían por su flaca complexión. Rondaba mucho el Colegio y pasaba largas horas en su capilla. Un día de San Andrés, llevado de un fuerte impulso interior, hizo voto de castidad. Para ayudarse a cumplirlo se ciñó un cilicio a sus carnes hasta que lo abandonó al verse descubierto por una hermana. Visitaba asiduamente las iglesias, rezaba el Rosario entero, acrecía su devoción a la Virgen.

---

(2) Las publicó casi íntegramente en su obra el P. GONZALEZ PINTADO, p. 5-9.

Hasta que un día fue objeto de una gracia extraordinaria. La narra con detalle. Tenía catorce años; fue en la iglesia de los Padres Dominicos, en San Telmó. Se hallaba sólo ante una “devotísimat y muy venerada imagen de Nuestra Señora”. Es la famosa Virgen Negra, actualmente en el templo dominico de Corias. Recibió una ilustración interior singular, tuvo una visión. Vea el lector el relato emocionado del mismo Cardaveraz. El resultado más tangible fue su firme decisión de entrar en la Compañía. Para ponerla en práctica tuvo que esperar algunos años: consigna la fecha con exactitud: “Tomé la ropa de la Compañía de Jesús en el Colegio de nuestro Padre San Ignacio de Valladolid a 20 de agosto día del glorioso Padre San Bernardo”. La ruda oposición de su padre llegó a extremos increíbles. En otro lugar dirá Cardaveraz que “se puso como loco”; no quería ver a sus hijos en su presencia, llegaría a desheredar a Agustín y en un acto de fuerza lo arrancaría de su morada jesuítica: “Sacáronme a libertad el 19 de junio”. Pero Agustín retornaría a la Compañía y en ella moriría muchos años más tarde. La determinación invencible la había recibido en el silencio de San Telmo ante una Virgencita, aún existente, aunque alejada. Nunca olvidaría Agustín su paso por San Sebastián. Sus recuerdos son las memorias de un adolescente en nuestra ciudad a principios del siglo XVIII. Aunque se entremezclen en ellos retazos narrativos y expansiones exclamativas que evocan y citan a su gran patrón San Agustín, unos y otras recomponen, si no la historia de San Sebastián, sí el paso de Cardaveraz, marcado con consecuencias definitivas, por la parte vieja de nuestra Donostia.

*J. Ignacio Tellechea Idígoras*

## RELACION DEL P. CARDAVERAZ SOBRE LOS AÑOS DE SU ADOLESCENCIA

JHS

### 1723. Ad maiorem Dei gloriam (1)

(1) *Al margen*: Estas cosas escribí por orden de mi Padre espiritual luego que vine de Villagarcía al curso el año de 1723 por noviembre o diciembre.

Soberano Señor y Dios mío amantísimo: Porque juzgo será mayor gloria y agrado de vuestra divina Majestad, y por hacer en todo vuestra santísima voluntad que me habéis declarado, y no una vez sola, por los que en vuestro lugar me tenéis puestos para la dirección de mi alma, y finalmente para cumplir exactamente con lo que nuestro glorioso Padre S. Ignacio nos manda a sus hijos para el consuelo y seguridad de nuestras almas, deseo apuntar, según lo que me acordare, algunas de las mercedes y favores que vuestra Majestad se ha dignado de hacer a una tan vil e ingrata criatura como yo, para que sea vea vuestra benignidad y amor para quien tan mal os ha correspondido. Y así, os suplico humildemente, dulcísimo Jesús de mi vida, me déis muy especial luz y gracia para que escriba yo estas cosas con tanta sinceridad y verdad, y con tan pura y recta intención, que merezca agradar a vuestra Majestad, que es lo que únicamente desea mi alma, y no permitáis, Señor, que yo tenga otro fin, ni en esto ni en otra cosa alguna, para que, haciendo vuestra divina voluntad en este mundo, os goce eternamente en los cielos.

### DE LAS COSAS DEL SIGLO Y COMO ME FAVORECIA EL SEÑOR LLAMANDOME A SU TRATO

Advierto aquí a cualquiera que, para mi dirección y acierto, viese las cosas que iré escribiendo, no dé a ninguna de ellas más crédito que el que en semejantes casos se puede dar a un hombre falible y sujeto a errores y engaños. El Señor me dé su gracia para que acierte en hacerlo con espíritu.

Desde niño comenzó el Señor a obrar en mi corazón y a alum-

brarme con algunos rayos de su conocimiento, y ponía en él algunas centellas del fuego de su amor, inclinándome a lo bueno y causándome grande temor y aversión a las palabras y cosas menos puras, que ni decía ni gustaba que otros las dijesen. Pero hasta los ocho años, poco más o menos, no me acuerdo de cosas especiales: sino que, por el buen ejemplo de mi madre, tenía mucha devoción al Rosario, Doctrina cristiana y demás cosas de piedad: que experimenté cuánto ayudan el buen ejemplo y educación de los padres.

Pero aunque, como he dicho, el Señor hacía en mi alma lo que queda escrito, no dejaba de reinar en ella algún género de malicia e inclinación a lo malo, que, a las veces, podía más que la gracia: aunque tampoco dejo de conocer una cosa, digna de agradecer mucho a Su Majestad y engrandecerle mucho por ella, y es que hasta la edad de casi los doce años fue tanta la sinceridad y simplicidad que tenía en todo, que no pudiera decir de cosa ninguna que hiciera mala, porque obraba sin alguna malicia, aunque alguna vez hiciera algún mal en cosas pequeñas.

Tenía a los once años deseos de comulgar, y habiendo alcanzado licencia, llegué a recibir al Señor con mucha devoción, y me causó grande mudanza y me dejó vivas ansias de volver a comulgar con frecuencia, y en aquel tiempo sentía grande recogimiento. De esta manera empezaba a gustar de aquel Pan suavísimo de ángeles, lo cual fue creciente de suerte que, comulgando entonces de mes a mes, poco más o menos, después comulgaba de quince en quince días, y aún más a menudo, hasta los catorce años y en el tiempo que estudié Artes estando en Pamplona, de ocho en ocho días, y aún más frecuentemente, como también en Valladolid: y esto no podía omitir, ni me parecía poder vivir sin comulgar, por más que los compañeros y otros dijesen lo que quisiesen.

Siendo como de once años, tenía grande afición a la pelota; y por esta causa, y por no perder el tiempo del estudio, algunas cuantas veces solía jugar al mediodía, y llegaba tarde a la hora de comer; y, aunque me advirtieron en casa, no hice aprecio de eso, ni me enmendé de ello; y como viniese un día a la misma hora fue tanta la seriedad con que me reprendió una señora tía mía que, conociendo lo mal que hasta entonces hice en no obedecer, hice propósito de no jugar más, como lo cumplí, porque no jugué después sino en tiempos oportunos, y eso raras veces. Con esto di en recogerme en la librería de casa, porque todo mi gusto era leer libros devotos, y tenía especial reverencia y devoción a la Biblia Sacra, y gastaba mucho tiempo en leer estos libros, y hallaba mucho provecho en ellos.

Así, en este tiempo que estuve en Hernani, como en el que

estuve en Pamplona y San Sebastián, tomaba algunas disciplinas, aunque no eran tantas como yo deseaba, y ayunaba las cuaresmas y los viernes y sábados, a lo cual me ayudaba mucho mi madre, así con el ejemplo como con las palabras, dándome buenos documentos y aficionándome a la comunión y a que me apartase de malas compañías.

Pero ¿adónde estaba, Jesús mío, algunas veces que no estaba con vos? ¡Oh vida de mi alma!, y ¡cómo me apartaba de vos, y haciéndome sordo a vuestros llamamientos, si alguna vez hallaba entre malas compañías, os dejaba y caminaba a la muerte, y no sé si puedo decir con mi Santo (1) que me pesaba de no ser tan malo o peor que ellos! ¡Oh Verdad eterna, cuán lejos estaba de amaros, pues me dejaba llevar de los engaños que el mundo me ofrecía! ¡Oh camino verdadero y de toda seguridad, que guías a la bienaventuranza! ¡Qué desviado anda del camino de vuestra voluntad! ¡Ay, como me hace estremecer y temblar los huesos la memoria de esta vida! ¡Que haya sido posible que yo viviese sin vos, Bien mío, y, lo que es aún peor, olvidado de vuestro amor y beneficios! ¿Qué haré, Señor, sino deciros con lágrimas lo del profeta: *Ab oculis meis munda me, et ab alienis parce servo tuo* (Ps. 18, 13) *Delicta juventutis meae et ignorantias meas ne memineras* (Ps. 24, 7). Algunas veces encontraba, por ser necesario tratar con otros, encontraba, digo, con algunos no buenos; y cuando sucedía esto, aunque yo procuraba evitarlo, oía cosas malas, y con esto me inquietaba mucho; pero aún en esto usó el Señor de su gran piedad, porque me inspiró que hiciese muchos y encendidos actos de amor a su Majestad, lo cual hacía cuando no podía evitar el oír semejantes cosas, porque me parecía pecado sólo el oír cosas de murmuración o contra la castidad, aún sintiendo una muy grande pesadumbre en ello, lo cual echaban de ver los tales en la turbación y color del rostro, y no pocas veces dejaban de proseguir, o por no disgustarme, o porque yo me quería apartar de ellos; y con aquellos afectos sentía quietud mi alma. Todo lo cual me causaba grande horror a las cosas del mundo y mucho amor al recogimiento.

Siendo de trece o catorce años, me dió el Señor inclinación a la oración. Y aunque mucho antes me dí a la lectura espiritual y a rezar el oficio de difuntos y el de Nuestra Señora; pero como no me declaré a nadie, aunque trataba mucho con los nuestros (2), no fue luego cuando empecé a tener oración, hasta que, inspirándome el Señor con grande vehemencia que tuviese oración, me enseñó juntamente a tenerla, y para esto me valía después de un libro que

---

(1) San Agustín.

(2) Los de la Compañía.

trataba de los Novísimos y otro de la Pasión, con la cual tuve siempre gran devoción.

En esta oración no sentía distracciones por lo ordinario y sacaba mucho fruto de ella; ya iba el Señor poniéndome acibar en las cosas del mundo, y me daba deseos eficaces de entrar en nuestra Compañía, aunque no me atrevía a declararme, por parecerme que no me recibirían. Entre otras cosas que el demonio me ponía, una era por de muy flaca complexión; pero por eso acudía a nuestro colegio, y estaba mucho en nuestra Iglesia delante del Santísimo.

Por este mismo tiempo tenía mucha devoción en leer vidas de santos. Y habiendo un día (3) leído una, me dió el Señor tan encendidos deseos de consagrarme a su Majestad con el voto de castidad, que, retirándome a tener oración aquel día, puesto de rodillas en presencia de Dios Nuestro Señor, de la Santísima Virgen y de toda la corte del cielo, con palabras muy tiernas y fervorosas hice el voto; después de lo cual, lo restante de la oración pasé pidiendo al Hijo, por medio de la Madre, gracia para cumplir lo que le había ofrecido, y en adelante renové muchas veces el voto. Y para cumplirlo mejor me ceñí con una cadena, que tenía esquinas sobresalientes que me afligían bastante la carne, e hice intención de traerla siempre. Mas, habiéndola traído como seis meses, me reparó una hermana; y porque no se supiese, la quité. Otra vez, para librarme de unos escrúpulos o tentación que tenía contra la castidad, dormí en el suelo con sólo la camisa y una como manta para cubrirme, y por cabecera un ladrillo, no sé si unas cinco noches.

Visitaba todos los días los altares. Y para prepararme para la confesión, iba a la iglesia o al coro de algún convento. Tenía muy grande devoción con la Pasión, y la leía muchas veces por los cuatro Evangelistas; y andaba las estaciones muchas veces, y especialmente toda la cuaresma, y en este tiempo rezaba los siete salmos penitenciales; y cuando era gramático, para no faltar al estudio, madrugaba mucho en el invierno para visitar las cruces.

Después, en el tiempo que estuve en Pamplona y Valladolid, rezaba todos los días el Rosario entero de Nuestra Señora, y otras oraciones muy devotas, por la ternura grande que sentía con esta soberana Señora, la cual cada día se me iba aumentando, especialmente por algunos favores que su Majestad me había hecho, uno de los cuales fue en esta forma:

Siendo de catorce años, estando un día en la Iglesia de los Dominicos de San Sebastián, delante de una devotísima y muy venerada imagen de la Santísima Virgen, solo, después de haber re-

---

(3) De San Andrés.

zado su oficio y otras oraciones, la pedía muy de veras, como hacía otras veces, que ilustrase mi entendimiento, para que yo escogiese el estado que más me conviniese y acertase a agradar y hacer la voluntad de su Santísimo hijo; y estaba rezando la oración de mi Santo, que dice *memorare, oh piisima*, etc., que la sabía en romance, cuando de una grande suavidad que me sobrevino empecé a derramar copiosas lágrimas, y al mismo tiempo parece que se aclaraba mucho la vista interior, como si me quitasen un velo que tuviese delante y me impidiese ver alguna cosa; y luego, por un modo admirable, parece que oía decir a su Majestad: "*Hijo, entra en religión a hacer penitencia, como deseas*". Y no sé si por este mismo modo, o por una muy grande ilustración que al mismo instante tuve, entendí, pero no sé decir cómo, con una como clarísima visión, la quietud y la paz de los que viven en la religión, el retiro, la oración y penitencias que en ella había, toda lo cual me llevaba dulcísimamente tras sí, como si actualmente me pasara. Y al contrario, veía las vanidades del mundo, la inquietud que mi alma tenía y que era oprimida, cumpliéndose en mí lo que dice mi Santo. *Fecisti nos, domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te* (4), pues no hallaba descanso mi alma sino en el retiro con su Majestad; y, sobre todo, veía las ocasiones que había en el siglo de perder la castidad, y perder a Dios, y cuán libres vivían los religiosos de estos peligros. ¡Ay, dulcísima madre mía, y que lágrimas tan tiernas derramaba, regalándome con la memoria de vuestro amor, y cómo mostrabais quererme por hijo! ¡Toda mi alma se derrite en dulzura con este amoroso título de Madre! ¡Sedme Madre ahora y siempre!

Todo esto tuve aquella tarde, y aunque no lo puse por obra por entonces, porque me parecía que no me recibirían en ninguna religión, especialmente no queriéndolo mi padre, lo cual me daba gran pena; pero tuve desde entonces más vivos deseos de ser religioso, y por esta causa siempre traté, desde gramático, así en San Sebastián como en Pamplona y Valladolid, con religiosos. Tenía también mucha devoción con las Animas del Purgatorio, a quienes rezaba su oficio y ofrecía la satisfacción de todas las obras. A otros muchos santos tenía también muy particular devoción, especialmente a S. Josef, S. Javier y otros. Tenía mucha devoción en dar limosna a los pobres, y sentía muy grande compasión de verlos. Antes que entrase en la Compañía, me mandó el confesor que no rezase sino una parte del Rosario y dejase otras muchas devociones, menos el Oficio de Nuestra Señora. Estas son las cosas que puedo decir del siglo, dejando otras cosas no tan importantes.

---

(4) *Confesiones* de San Agustín, L. 1, c. 1, Pl. 32, 661.

Tomé la ropa de la Compañía de Jesús en el Colegio de nuestro Padre San Ignacio de Valladolid a 20 de agosto, día del glorioso Padre San Bernardo del año de 1721. Díómela el P. Rector Diego de Almendres. Sacáronme a libertad en 19 de junio, y salí de San Francisco a nuestro Colegio de San Luis de Gonzaga.

*(Archivo de Loyola, Papeles del P. Cardaveraz).*